

Plaza pública

para la edición del 1o. de enero de 1994

Año nuevo, viejos problemas

Miguel Ángel Granados Chapa

"Las finanzas públicas se manejan desde Los Pinos", dijo en mayo de 1973 el Presidente Echeverría. Expresó una obviedad, puesto que el poder ejecutivo se deposita en una sola persona, que se rodea de colaboradores para la atención específica de los ramos de la administración. Pero esa verdad política y jurídica no ha sido obstáculo para que varios secretarios de Hacienda paguen con su renuncia errores propios. O los de sus jefes, pue en tales casos se aplica el refrán autoritario de que "el que manda no se equivoca; y si se equivoca, vuelve a mandar".

Ha habido secretarios de Hacienda duraderos. Luis Montes de Oca sirvió a tres Presidentes, aunque por breve tiempo a cada uno de ellos, en la época del Maximato, pues perteneció a los gabinetes de Calles, Portes Gil y Ortiz Rubio. Suerte semejante fue la de Alberto J. Pani, que trabajó a las órdenes de Calles, directamente, antes lo hizo con Obregón y terminó con Ortiz Rubio. Son prototípicas las gestiones perennes de Eduardo Suárez y Antonio Ortiz Mena, que casi completaron dos períodos sexenales cada uno, aquél bajo presidentes tan diversos como Cárdenas y Avila Camacho, y éste con López Mateos y Díaz Ordaz. Ramón Beteta, Antonio Carrillo Flores y Pedro Aspe

duraron seis años completos en su cargo, bajo Alemán, Ruiz Cortines y Salinas.

Es mayor, sin embargo, el número de secretarios de Hacienda que no hicieron huesos viejos en su puesto. El récord lo tiene, si medimos desde la primera elección presidencial con arreglo a la Constitución de 1917, el señor Aureliano Mendivil, que reemplazó durante tres días a Luis Cabrera, luego de la Noche de Tlaxcalantongo, en 1920. Otro periodo cortísimo fue el del ex presidente Calles, que pidió ser secretario de Hacienda durante los tres últimos meses de 1933, con Abelardo Rodríguez sentado en la silla presidencial.

La mayor parte de las gestiones abreviadas en el ministerio de finanzas concluyeron por conflicto entre el secretario y el Presidente. Por supuesto, ese es el caso de Adolfo de la Huerta, que riñó con Obregón cuando se percató de que éste haría candidato presidencial a Calles. Narciso Bassols dejó de ser secretario en junio de 1935 como parte del reajuste que a seis meses de su Presidencia hizo Cárdenas para separarse de Calles. Y desde entonces debemos saltar en la historia casi cuarenta años para encontrar una nueva disputa entre el Ejecutivo y su secretario de Hacienda.

El 31 de mayo de 1973 Echeverría aceptó la renuncia de Hugo B. Margáin, quien había sido admitido como adelantado del echeverrismo por el Presidente Díaz Ordaz. Este nombró a Margáin como una deferencia a Echeverría, cuando Antonio Ortiz Mena se fue a presidir el Banco Interamericano de Desarrollo, a comienzos de 1970. Cuando don Hugo se cansó de advertir a

Echeverría una y otra vez sobre los riesgos financieros del populismo, el endeudamiento y el desorden en el gasto; o el Presidente se cansó de escucharlo, se hizo propicia una caída del caballo en que iba jinete el secretario, para sustituirlo por José López Portillo.

Cuando éste ascendió a la Presidencia, despidió antes de un año a Julio Rodolfo Moctezuma, a fin de que no emergiera triunfador del litigio que desde Hacienda había sostenido, sobre la naturaleza del gasto público, con Carlos Tello Macías, tras la renuncia de éste. El sucesor de Moctezuma, David Ibarra, también se fue sin concluir el periodo sexenal. El comienzo de la gran crisis de 1982 lo arrojó del gabinete en marzo de 1982. Fue reemplazado por Jesús Silva Herzog, que apareció como una anticipación del delamadridismo, y en efecto el siguiente Jefe del Estado lo ratificó en el cargo

Silva Herzog fue expulsado del gobierno en junio de 1986 en medio de una tormenta. Cometió el error de enfrentarse a las concepciones teóricas y la influencia práctica de Carlos Salinas. Se trató de la reedición del conflicto de competencias entre Hacienda y Programación, que había enfrentado a Tello y Moctezuma, con el agravante de que Silva Herzog y Salinas figuraban como precandidatos presidenciales. Silva Herzog fue denostado con fiereza, desde el aparato gubernamental y a instancias del equipo de Salinas, por lo que fue sorprendente su retorno a un gobierno (como embajador y como secretario) encabezado por quien propició su caída.

Y así llegamos a la renuncia de Jaime Serra, que no completó un mes en la Secretaría de Hacienda. Se le despidió, dijo el Presidente Zedillo, para que el plan de emergencia tenga eficacia y credibilidad. El propio Serra acepta haberse equivocado en su diagnóstico de la situación. Se trata, entonces, de una medida correctiva, de hacer pagar un desliz, aunque sea claro que el dimitente Secretario de Hacienda erró solamente en el modo de enfrentar una crisis que se había gestado en los años anteriores, ante los azorados ojos de quienes veían con claridad que nos precipitábamos al vacío y nada podíamos hacerlo por evitarlo. Porque en el fondo de todo hay una crisis política, consistente en la incapacidad de los gobernados por sujetar a sus gobernantes a un escrutinio real que permita detectar a tiempo los errores y no ser víctimas del engaño oficial.

Quienes votaron por el PRI en las elecciones del 21 de agosto deben estar particularmente irritados, porque convalidaron con el sufragio un modelo de desarrollo que enseñaba ya sus fallas, que ahora se abrieron ruidosamente. Fueron defraudados doblemente, pues por un lado se les sometió a la tortura psicológica del atemorizamiento respecto de un porvenir no guiado por la política neoliberal priísta, y por otro se les mintió respecto de la naturaleza y el alcance de los logros económicos del salinismo. De allí que esté consolidándose, aun entre los cuadros gobernantes, un ánimo de despecho y revancha que podría conducir a un enjuiciamiento formal contra Salinas.

Aunque los primeros escarceos sobre esa posibilidad muestran más la cólera y el malestar por la situación prevaleciente, que el rigor político y jurídico necesario (pues se habla de procesar a Salinas por traición a la patria, siendo que ese delito sólo es posible cometerlo cuando hay una guerra formalmente declarada), lo cierto es que de avanzarse en esa dirección el Presidente Zedillo quedaría prensado entre tendencias contrarias. Por un lado, le conviene, y es preciso para el mejor enfrentamiento del problema, poner en claro el origen remoto de la crisis, para que no resulte siendo el imperito causante de una crisis que en sólo veinte días echó a rodar los logros de seis años. Pero por otra parte, no podría (no podrá) eludir su propia responsabilidad en el diseño y la aplicación de la política económica del salinismo. Como secretario de Programación y Presupuesto durante la primera mitad del gobierno anterior, el hoy Presidente de la República fue coautor de los planes de desarrollo, y ejecutor del gasto público de una administración que condujo al colapso a la economía. Ya que no puede borrar ese pasado, puede en cambio romper con él, asumir sus deberes a la altura de las exigencias de esta hora.

Luego de la segunda guerra mundial, en las derrotadas Alemania e Italia, y en Francia y Gran Bretaña, que obtuvieron una victoria pírrica, la reconstrucción nacional exigió un nuevo acuerdo de las fuerzas sociales y políticas, que en cada caso fue posible por la presencia de estadistas en cuya rectitud y visión confiaron sus nacionales. Así, Adenauer y De Gasperi,

De Gaulle y Churchill, encabezaron la refundación de sus países. Todos emprendieron, como paso inicial, la refundación de sus instituciones políticas, pues sólo con la creación de espacios donde se expongan y armonicen los intereses y los valores legítimos es posible llegar a los consensos requeridos para avanzar.

El Presidente Zedillo está ante el gran desafío de conducir el nuevo despliegue de las fuerzas políticas y productivas del país, exigido por la hondura y la naturaleza de esta crisis. Puede rehusar a cumplir ese papel, y renunciar a un cargo que el destino le deparó de modo fortuito cuando sus posibilidades estaban canceladas. Puede contentarse con la pretensión de administrar la crisis en el tono menor de un gerente que ajusta el gasto simplemente para capear el temporal. O puede intentar elevarse por encima de sí mismo y de los lastres que lo atan al pasado, para contribuir de modo principal al vasto movimiento político y económico que salve a la sociedad del hundimiento y la degradación. No es que se requiera un caudillo, y ni siquiera un Presidente dotado de omnipotencia, pues al contrario lo preciso es fortalecer el resto de las instituciones para evitar los yerros y los abusos de una autoridad incontrastable. Pero es irremplazable una voluntad política dotada de autoridad legal y visión histórica que aglutine los esfuerzos nacionales en aquella dirección.

Con ser fuertes, los lazos de Zedillo con su pasado salinista no son irrompibles. Si bien se miran las cosas, a pesar de que era el candidato suplente del escogido originalmente por Salinas para reemplazarlo, el

Presidente se avino a la candidatura de Zedillo sólo como una última y extrema opción, una suerte de mal menor. Luego de asesinado Colosio, es claro que desde Los Pinos se exploró la posibilidad de reformas legales que abrieran el abanico de candidaturas, de manera que no sólo Zedillo pudiera ser presentado. Hasta cabría conjeturar que los incidentes menores que buscaron hacer del líder priísta Fernando Ortiz Arana el sustituto de Colosio fueron alentados desde la casa presidencial, todo con el fin de no cerrar el cuadro de las opciones. En esas circunstancias, ¿subsistirá por encima de todo el vínculo de gratitud que Zedillo expresó a la hora de su toma de posesión, y fuera de su discurso, al recibir el abrazo con que Salinas le entregó realmente el poder hace exactamente un mes?

Por lo pronto, Zedillo busca establecer distancia con su antecesor. Está haciéndolo de modo expreso y eficaz en el conflicto de Chiapas, iniciado hoy hace precisamente un año. Los nubarrones que al comienzo de diciembre amenazaron romperse en tormenta, están siendo disipados por la conjunción de voluntades surgidas de diverso interés pero confluyentes en considerar que la paz es posible y urgente. La desmovilización militar está siendo el gran paso con que concluimos el año en que vivimos en peligro, luego de que el tránsito de las fuerzas armadas oficiales y rebeldes ha estado en los días recientes a punto de generar enfrentamientos. El repliegue de las tropas podría favorecer el recomienzo del diálogo.

En amplia medida, el actual estado de las cosas chiapanecas es fruto de la inteligencia, la pasión y la paciencia del obispo Samuel Ruiz. Denostado y agredido desde muchos lugares, ha perseverado en su papel y con su ayuno de más de diez días ha obtenido una radical transformación en las condiciones imperantes en la zona. Lo han acompañado en esta huelga de hambre, que por su bien debe ya concluir, pues ha resultado triunfante, decenas de personas, en San Cristobal de las casas y en todo el país, que son parte de la creciente multitud de mexicanos que no se contentan con la aceptación pasiva de los males nacionales, sino que saben que pueden contribuir a remediarlos.

Figura de modo relevante entre esos mexicanos el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, que muestra con su acción la falsía de los juicios que le atribuyen un afán enermizo de poder, por su reiterada y legítima búsqueda de la Presidencia de la República. Es notorio, en cambio, su afán de servicio, pues no vacila en ser el vocero del zapatismo armado, aun cuando abundan los diagnósticos que atribuyen su resultado electoral a su vinculación con esa causa.

Miembros de su partido, opuestos a admitir la legitimidad de Roberto Madrazo, está presos no por delitos sino por actos en que se expresan su convicción política, sin haber provocado daño material en perjuicio de persona alguna. Ayer mismo, el PRD no estorbó la toma de posesión del gobernador Madrazo. Esa actitud no significa que depongan su postura, que incluye mostrar que como en Chiapas el descontento popular

hará ineficaces a los gobernadores cuestionados, sino sólo abrir espacio a una solución que no sea la de meter en prisión a los disidentes. Ya el Presidente Zedillo acertó al no asistir a la toma de posesión de Madrazo (y anunciar que no acudirá a ninguna ceremonia semejante). Queda ahora en situación de dar nuevas muestras de sensibilidad política, propiciando una nueva visión de los conflictos en el sureste, que comiencen por liberar a los reos políticos tabasqueños.

Ese será un republicano modo de entrar en el Nuevo año.